

la matemática, como son la astronomía, la óptica, la perspectiva, la arquitectura militar, etc., á las que satisfizo de repente. Asimismo explicó los lugares más difíciles de Homero, Anacreonte, Aristófanes, Horacio, Virgilio, el Taso, el Ariosto, Boileau, Racine, Voltaire, la Fontaine, Góngora, Quevedo y otros poetas griegos, latinos, italianos, franceses y españoles, con suspicón de los que por muchos días le examinaron. Mostró también tener bastante conocimiento y gusto en la música, y un discernimiento singular de los más célebres pintores, por el estilo de sus obras. Esto es lo más esencial, pero son otras muchas las particularidades de que consta la relación que tuve; y bien sé que en las gacetas de Amsterdam, del principio del año de 1729, se habló de este niño como de un asombro. Después le sa-

bido que todo París á porfía ha enriquecido con dádivas al españolito, y que siguiendo el estado eclesiástico, será uno de los clérigos más acomodados de Francia, según lo que ha captado la voluntad del cardenal de Fleuri y de los príncipes de la sangre,» etc.

Este niño tuvo la dicha de caer en manos de un maestro igualmente hábil para su enseñanza, que celoso de su aprovechamiento. ¡Oh cuántos habría de éstos en España, si muchos logran en la misma dicha! Aquí me ocurre lo de Paulo Merula, que, aunque holandés, hablando de los españoles, alaba la excelencia de su ingenio y se lastima de la infelicidad de su enseñanza: *Felices ingenio, infeliciter discunt* (1).

(1) *Cosmogr.*, part. II, lib. II, cap. 8.

## FISIONOMIA.

### § I.

He visto que algunos discretos, al notar la escasez de voces que padecen áun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse alguno de que faltan cosas para muchos nombres. Sin embargo, ello sucede así, y esta segunda falta nos debe ser más sensible que la primera. Los nombres de todas las artes divinatorias, y áun de otras algunas que no lo son, están ociosos en los diccionarios, por falta de objetos. ¿Qué significa esta voz *astrología*? Un arte de pronosticar ó conocer los sucesos futuros por la inspección de los astros. Gran cosa sería tal arte si la hubiese; pero la lástima es, que sólo existe en la fantasía de hombres ilusos. ¿Qué significa esta voz *crisopeya*? Un arte de transmutar los óxidos metálicos en oro. Gran cosa sin duda! Pero ¿dónde está esta señal? Distante de nosotros muchos millones de leguas, pues no salió hasta ahora de los espacios imaginarios. Ya ve el lector adónde camino.

Esta voz *fisionomía* significa un arte, que enseña á conocer, por los lineamentos externos y color del cuerpo, las disposiciones internas, que sirven á las operaciones de el alma. Decimos en la definición de el cuerpo, no precisamente del rostro, porque la inspección sola de el rostro toca á una parte de la fisionomía, que se llama *metoposcopia*. Así, la *fisionomía* examina todo el cuerpo; la *metoposcopia* sólo la cara. Facultad precisa, si la hay; pues le es importantísimo al hombre, para todos los usos de la vida civil, conocer el interior de los demás hombres. Pero el mal es, que la cosa falta y el nombre sobra.

Paréceme á mí, que los que de la consideración de las facciones quieren inferir el conocimiento de las almas, invierten el orden de la naturaleza, porque fían á los ojos un oficio, que toca principalmente á los oídos. Hizo la naturaleza los ojos para registrar los cuerpos,

los oídos para examinar las almas. A quien quisiere conocer el interior de otro, lo que más importa no es verle, sino oírle. Verdad es, que también este medio es falible, porque no siempre corresponden las palabras á los conceptos; mas una atenta observación, por la mayor parte descubrirá el dolo, siendo el trato algo frecuente, y al fin padecerán muchas veces ilusión los oídos; mas nunca, siguiendo las reglas fisionómicas comunes, alcanzarán la verdad los ojos.

### § II.

El principal fundamento (omitiendo por ahora otro que tiene lugar más cómodo en el discurso siguiente) de los que defienden la fisionomía como arte verdaderamente conjetural, es la observada proporción del cuerpo con el alma, de la materia con la forma. A distintas especies de almas corresponden organizaciones específicamente diversas. Cada especie de animales tiene su particular conformación, no sólo en los órganos internos, mas también en los miembros exteriores; de modo que la figura es imagen de la substancia y sello de la naturaleza.

De la especie pasan los fisionomistas al individuo, pretendiendo, que, como la diversidad específica y esencial, digámoslo así, de figura, arguye diversa substancia y diversas propiedades en la forma, la accidental, que hay dentro de cada especie, no sólo en la figura, mas también en textura y color, debe inferir distintas inclinaciones, pasiones, afectos y más ó menos robustas facultades en cada individuo, salvando la uniformidad esencial de la especie.

Supuesto este fundamento del arte, establecen sus reglas generales; esto es, señalan los principios de donde se deben derivar las particulares. Estos principios son cinco. El primero, la analogía en la figura con alguna especie de animales. El segundo, la semejanza

con otros hombres, cuyas cualidades se suponen exploradas. El tercero, aquella disposición exterior, que inducen algunas pasiones. El cuarto, la representación del temperamento. El quinto, la representación de otro sexo. Por el primer principio se dirá, que es animoso aquel hombre cuya figura simbolizáre algo con la del león. Por el segundo se dirá, que es tímido aquel que en el aspecto se parece á otros hombres que se sabe son tímidos. Por el tercero, que es mal acondicionado el cejijunto, porque el que está enfadado suele juntar las cejas, arrugando el espacio intermedio. Por el cuarto, que es melancólico el de tez morena y arrugada, porque el humor atrabilario se supone negro y seco. Por el quinto se dice, que los muy blancos son débiles y tímidos, porque este color es propio de las mujeres. Basta para explicación de cada regla un ejemplo.

Aristóteles, que trató de intento esta materia, propone estos cinco principios, aunque con tanta confusión, que es casi menester un nuevo arte fisionómico para explorar, por la superficie de la letra, la mente del autor. Esto puede atribuirse á la impericia del intérprete, que tradujo el libro de fisionomía de griego en latín. Pero la falta de método, que reina en toda la obra, hace sospechar que sea parto supuesto á Aristóteles, siendo cierto, que en el orden y distribución metódica excedió este filósofo á todos los demás de la antigüedad.

Mas, sea ó no de Aristóteles el libro de fisionomía, que anda entre sus obras, decimos que los principios señalados son vanos, antojadizos y desnudos de razón.

### § III.

Empezando por el primero, ¿quién no ve que por más que se parezca un hombre al león en la figura, mucho más se parecerá á otro hombre que es tímido? ¿Cómo, pues, puede preponderar para creerle animoso la semejanza imperfectísima que tiene con un animal robusto y atrevido, sobre otra, mucho más perfecta, con un animal cobarde? Más: es sin duda, que muchos brutos muy estúpidos son mucho más semejantes al hombre en la figura que el elefante; no obstante lo cual, éste se parece mucho más que aquellos al hombre en la facultad perceptiva del alma. ¿Qué diremos del gobierno económico de las hormigas? ¿De la sagaz conducta de las abejas? Estas dos especies de animalillos distan infinito de la figura, textura y color del hombre; sin embargo de lo cual, imitan la industria y gobierno civil del hombre, con suma preferencia á otros brutos, cuya traza corporal se acerca mucho más á la nuestra.

Juan Bautista Porta, que escribió un grueso libro de fisionomía, trabajó con tan prolijo cuidado en la aplicación de esta primera regla del arte, que hizo estampar en su obra las figuras de varios hombres, careadas con otras de algunas especies de brutos, pero tan infelizmente, que este careo más sirve al desengaño que á la persuasión. Porque (pongo por ejemplo) parecen allí la figura de Platon y la del emperador Galba, sacadas de antiguos mármoles, cotejadas, y con alguna, aunque diminutísima semejanza, la primera á la de un perro de caza, y la segunda á la del águila. ¿Qué semejanza tuvieron en las cualidades del ánimo, ni Pla-

ton con un perro ni Galba con el águila? Antes bien cuadraría mucho mejor la semejanza del águila á Platon, por los generosos y elevados vuelos de su ingenio.

### § IV.

El segundo principio, si sólo pide la imitación de un hombre á otro en una, dos ó tres señales, inferirá cualidades opuestas en un mismo individuo; porque, pongo por ejemplo, carne blanda, cutis delicado y estatura mediana se dan por señales de ingenio, por haberse observado estas tres cosas en algunos hombres ingeniosos; pero del mismo modo serán señales de estupidez, porque se encuentran las mismas en innumerables estúpidos. Pero, si pide el complejo de mucho mayor número de señales, digo que será rarísima la concurrencia de todas ellas en un individuo, y por consiguiente, moralmente imposible la observación. Explicaréme: el padre Honorato Niquet, que goza la opinión de haber escrito de fisionomía, con más juicio y exactitud que todos los que le precedieron, pone catorce señales de buen ingenio, que son: carne blanda, cutis delgado, mediana estatura, ojos azules ó rojos, color blanco, cabellos medianamente duros, manos largas, dedos largos, aspecto dulce ó amoroso, cejas juntas, poca risa, frente abierta, sienes algo cóncavas, la cabeza que tenga figura de mazo. Yo he visto y tratado muchos hombres ingeniosos, pero en ninguno he encontrado este complejo de señas. ¿Cómo podrá, pues, la observación experimental asegurarnos de que hay alguna verdad en esta materia?

### § V.

El tercer principio no tiene más fundamento que una mal considerada analogía. Según la regla que él prescribe, se deducirá que el que es encendido de rostro es verecundo, porque la vergüenza enciende el rostro, trayendo á él la sangre. Pero ¿no se ve que nacen de distintísimo principio uno y otro incendio? El actual, que excita la vergüenza, viene del movimiento que da á la sangre esta pasión. El habitual y estable proviene, á lo que yo juzgo, de que las venas capilares, que discurren por el ámbito del semblante, son más anchas, y, por consiguiente, reciben mayor copia de sangre. Acaso también, por ser más delgadas y transparentes sus túnicas, juntamente con el cutis, se hace más visible aquel rojo licor y se representa el rostro bañado del color sanguíneo.

### § VI.

El cuarto principio supone dos cosas, la una cierta, pero la otra falsa. La cierta es, que así las inclinaciones y pasiones naturales, como la mayor ó menor aptitud de potencias internas y externas, dependen en gran parte del temperamento. He dicho en gran parte, por no quitar la que se debe conceder á la organización, entendida ésta como la hemos explicado en el discurso de *Defensa de las mujeres*. Lo que supone falso aquel principio es, que el temperamento individual pueda conocerse por los lineamentos, color ó textura del rostro.

Que el temperamento consista en la mixtion de las cuatro primeras cualidades, como juzgan los galénicos, que en la combinacion de mil millares de cosas, por la mayor parte incógnitas á nosotros, como yo pienso, lo que no tiene duda es, que no hay medio alguno para conocer el temperamento individual de cada hombre, con aquella determinacion, que se requiere, para juzgar de su índole, capacidad, afectos, etc. ¿Qué harémos con saber, si áun siquiera eso se puede conocer por el rostro, que éste es pituitoso, aquel melancólico, el otro colérico, sanguíneo, etc.? ¿Quién no observa cada dia, dentro de cualquiera de las nueve clases de temperamentos, que establecen los galénicos, hombres de diversísima índole y capacidad? Hay sanguíneos, pongo por ejemplo, de excelente ingenio, y sanguíneos muy estúpidos; sanguíneos de bella índole, y sanguíneos de perversas inclinaciones; sanguíneos mansos, y sanguíneos fieros; sanguíneos animosos como leones, y sanguíneos tímidos como ciervos.

Aun en lo respectivo precisamente á la medicina es impenetrable el temperamento. ¿Qué galénico presumirá entender más de temperamentos que el mismo Galeno? Pues Galeno confesó su ignorancia en esta parte, y llegó á decir, que se tendria por otro Apolo ó Esculapio, lo mismo en su intencion que tenerse por deidad, si conociese el temperamento de cada individuo.

## § VII.

La falsedad del quinto principio se descubre diariamente por la experiencia, pues á cada paso se ven hombres muy blancos y muy animosos y valientes. Los habitantes de las regiones septentrionales, que son mucho más blancos que nosotros, son tambien más fuertes y más audaces.

## § VIII.

Descubierta la vanidad de las reglas generales de la fisionomía, ocioso es impugnar las particulares, pues éstas se infieren de aquellas, y nunca puede de antecedente falso salir consiguiente verdadero.

## § IX.

Alegan los fisionómicos á favor de su profesion algunos experimentos decantados en las historias. Los más famosos son los siguientes: un tal Zopiro, que se jactaba de penetrar por la inspeccion del semblante todas las cualidades de los sujetos, viendo á Sócrates, á quien nunca habia tratado, pronunció que era estúpido y lascivo. Fué reido de todos los circunstantes, que conocian la sabiduría y continencia de Sócrates. Pero el mismo Sócrates defendió á Zopiro, asegurando que éste realmente habia comprendido los vicios que tenía por naturaleza; pero que él habia corregido la naturaleza con la razon y el estudio. Refiérela Ciceron.

En el *Teatro de la vida humana*, citando á Aristóteles, se lee que otro metoposcopo, llamado Filemon, dijo casi lo mismo de Hipócrates, habiendo visto una pintura suya; y que habiéndose indignado contra él los

discipulos de Hipócrates, este absolvió tambien á Filemon, del mismo modo que Sócrates á Zopiro.

Plinio, ponderando la excelencia de Apéles en la pintura, cuenta que sacaba las imágenes de los rostros tan al vivo, que un profesor de la metoposcopia por ellas inferia los años que habian vivido ó habian de vivir los sujetos representados en ellas.

Estando el sultan Bayaceto resuelto á quitar la vida á Juan, duque de Borgoña, llamado *el Intrépido*, á quien habia hecho prisionero en la batalla de Nicópolis, se dice que un fisionomista turco le hizo retroceder de aquella resolucion, porque habiendo hecho atenta inspeccion de su rostro y cuerpo, le aseguró al Sultan, que aquel prisionero habia de causar inmensa efusion de sangre y cruellísimas guerras entre los cristianos. Cuéntalo Ponto Heutero, en su *Historia de Borgoña*. Lo que no tiene duda es, que aquel revoltoso duque fué autor y conservador de unas pertinaces guerras civiles, que bañaron de sangre toda la Francia.

Escribe Paulo Jovio que Antonio Tiberto, natural de Cesena, célebre fisionomista, pronosticó á Guidon Balneo, muy favorecido de Pandolfo Malatesta, tirano de Arimino, que un íntimo amigo suyo le habia de quitar la vida, y al mismo Pandolfo, que habia de ser arrojado de su patria y morir en suma miseria. Uno y otro sucedió. Guidon murió á manos del tirano, y éste murió desterrado, pobrisimo y abandonado de todo el mundo.

Algunos que quieren que tambien haya santos abogados de la fisionomía, añaden el ejemplo de san Gregorio Naciánceno, el cual, viendo en Atenas á Juliano Apóstata, y considerando su rostro y cuerpo, exclamó: — ¡Oh cuánto mal se cria en este jóven al imperio romano! Y el de san Carlos Borromeo, que no admitia á su servicio sino gente de buena cara y cuerpo, diciendo que en cuerpos hermosos habitaban tambien hermosas almas.

## § X.

Todas estas historias no hacen fuerza alguna. A la primera digo, que áun suponiendo gratuitamente su verdad, no favorece al arte fisionómico, pues Zopiro, diciendo que Sócrates era estúpido, evidentemente erró el fallo. Sócrates, prescindiendo de la sabiduría, que pudo adquirir con el estudio, naturalmente era agudísimo y de sublime ingenio; con que el fisionomista en esta parte desbarró torpemente, y la confesion del filósofo sólo pudo caer, siendo verdadera, sobre la propension á la incontinencia, la cual, á la verdad, suele figurarse mayor á los que con más cuidado la reprimen, porque el miedo del enemigo engrandece sus fuerzas en la idea. Así, aunque Sócrates no tuviese más que una inclinacion ordinaria á la lascivia, la juzgaria excesiva, y Zopiro la inferiria, no del rostro, sino del concepto comun de que pocos hombres hay, que no reconozcan en sí este enemigo doméstico.

He procurado buscar en Aristóteles la especie de el metoposcopo Filemon, y no la hallé. Acaso es ésta una de las muchas citas falsas que hay en los vastos libros del *Teatro de la vida humana*. Doy que sea verdadera. El acierto de Filemon se deberá al acaso. Fácilmente se

acreditará de fisionomista con el vulgo cualquiera que se jacte de adivinar las inclinaciones viciosas de los hombres por el rostro; porque, como poquísimos gozan un temperamento tan feliz y tan proporcionado á la virtud, que no sientan los estímulos de algunas pasiones, en poquísimos se errará el fingido escrutinio.

La noticia de Plinio tiene malísimo fiador en Apion. Este célebre gramático fué igualmente célebre embustero, como mostró bien en el tratado que escribió contra los judíos, todo lleno de mentiras y calumnias. Y ¿qué fe se debe dar á un hombre, el cual publicaba, que con la yerba mágica osiritis habia evocado el alma de Homero del infierno, para preguntarle de qué patria era? Plinio, que refiere como tal esta mentira de Apion, y hace de ella la irrision debida, pudo ejecutar lo mismo con la adivinacion de los años de vida, por la inspeccion de las pinturas de Apéles.

Ponto Heutero reliere lo del fisionomista turco, sin afirmarlo, pues sólo dice, que algunos lo escribieron: *Sunt qui scripsere*. Y aunque lo afirmase, ¿qué fe merecia una noticia tan extravagante, que para su comprobacion áun serian pocos cien testigos de vista? Doy, que por el semblante pueda conocerse, que un hombre es feroz, osado, inquieto, ambicioso, como lo era el duque Juan. Esto no bastaba para pronosticar los grandes males, que habia de causar á una parte de la cristiandad. Estos se ocasionaron de la muerte del duque de Orleans, ejecutada por el duque de Borgoña; y el motivo de ella fué celo por el público, ó verdadero ó aparente, contra la mala administracion del reino, cuyo gobierno tenía en sus manos el duque de Orleans, como se lee en algunos autores; ó venganza de una injuria personal gravísima, como refieren otros. ¿Pudo, por ventura, el fisionomista turco leer en el semblante del duque Juan, ni que el duque de Orleans habia de gobernar tiránicamente el reino de Francia, ni que habia de manchar, ú de palabra ú de obra, ó con la sollicitacion, ó con el efecto, ó con la jactancia de haber conseguido lo que no consiguió (que toda esta variedad hay en la narracion) el honor del tálamo del duque de Borgoña?

Esta misma reflexion sobra para desvanecer la relacion de Paulo Jovio. Qué insensatez! Creer que el infeliz Guidon descubria en sus facciones la traicion que habia de cometer con él un amigo suyo. ¿No es demasiado harto para la fisionomía, el permitirle que el hombre traiga estampadas en el rostro sus propias maldades, sino que ha de extender la pretension á la ridicula quimera de que tambien se lean en él las maldades ajenas? Ya en otra parte hemos insinuado la poca fe que merece Paulo Jovio, tratando de las maravillosas predicciones, que este autor atribuye á Bartolomé Cicles, por medio de la quiromancia.

Lo de que el Naciánceno conociese el perverso ánimo de Juliano por la precisa inspeccion de los lineamientos del cuerpo, es falso. La verdad es, que le trató muy despacio en Atenas, donde concurrieron los dos á estudiar, y el trato se le dió á conocer en palabras, acciones y movimientos, que es todo lo que se puede colegir de lo que el mismo santo doctor dice sobre este punto, en la oracion segunda contra Juliano.

El ejemplo de san Carlos Borromeo nada favorece á los fisionomistas, pues éstos no pretenden que un cuerpo bien dispuesto y un rostro hermoso sean índices del complejo de virtudes intelectuales y morales, en que consiste la hermosura del alma; ántes para muchas de aquellas proponen tales señales, que no dejará de ser muy feo el hombre en quien concurren. Pongo por ejemplo: segun Aristóteles, nariz redonda y obtusa, ojos pequeños y cóncavos, son señales de magnanimidad; cabellos levantados arriba, de mansedumbre; ojos lacrimosos, de misericordia. Segun el padre Niqueto, cuerpo pequeño, ojos pequeños y color macilento son señales de ingenio; cuello encorvado, de buena cogitativa; color escuálido, de ánimo fuerte; grandes orejas, de buena memoria. A esta cuenta será ingenioso, magnánimo, misericordioso, manso, fuerte, de buena memoria y cogitativa, el que fuere corcovado, legañoso, macilento, escuálido, tuviere grandes orejas, los cabellos revueltos arriba, ojos pequeños y cóncavos, la nariz redonda y obtusa. Cierto que un hombre tal será extremadamente hermoso.

Puede ser que aquel grande arzobispo amase la compañía de gente hermosa, por tener siempre delante de los ojos, en la belleza de las criaturas, un excitativo para elevar la mente á la hermosura del Criador. Mas si el motivo era el que se señala en el argumento, persuádomé á que el Santo no atenderia tanto aquella parte de la hermosura, que consiste en la justa medida y proporcion de facciones y miembros, sino la otra que resulta al rostro de las buenas disposiciones del alma, y que como efecto de la hermosura del espíritu, la representa. Lo que explicaremos adelante.

## § XI.

Aunque lo que hemos dicho hasta aquí nos persuade bastantemente que es vano y sin fundamento cuanto está escrito de fisionomía, no tenemos nuestras razones por tan concluyentes, que no pueda apelarse de ellas á la observacion experimental. Y como yo no la he hecho ni puedo hacer por mí mismo, pues mis ocupaciones no me permiten gastar el tiempo en eso, me ha parecido poner aquí, dividida en distintas tablas, toda la doctrina fisionómica del jesuita Honorato Niqueto, que, como arriba dije, tiene la reputacion de haber escrito en esta materia con más acierto que otros, por si algunos lectores, que están ociosos, quisieren aplicar algunos ratos á la diversion honesta de examinar con su observacion, si efectivamente hay alguna correspondencia de los pretendidos signos á los significados.

## APÉNDICE.

Algunos grandes hombres han sido de sentir, que la hermosura del cuerpo es fiadora de la hermosura del ánimo, como, al contrario, un cuerpo disforme infiere una alma mal acondicionada. Así san Ambrosio: *Species corporis simulachrum est mentis, figuraque prohibetatis*. San Agustin: *Incompositio corporis inæqualitatem indicat mentis*. Mas á la verdad, la expresion *incompositio corporis* más significa desorden y falta